

te optimismo, en esta grandiosa fe de el hombre, en la radiante certeza en que triunfará de las fatalidades y de los cautiverios.

Lo que acaso desentona de vez en cuando es el excesivo papel que atribuye a Francia en la liberación definitiva de la humanidad.

Cierto es que yo, educado en Hugo, creo piadosamente en el mesianismo de Francia. Ninguna nación ha contribuido como ella para hacer del rudo bárbaro del siglo XV el hombre culto del siglo XIX; ella posee en el más alto grado esas divinas cualidades espirituales de dulzura y de luz, que son los más penetrantes agentes de educación humana. Nadie como ella ha dado al mundo la grande lección de la igualdad; y la igualdad es, seguramente, la mayor evidencia de civilización. Pero, aun amando a Francia, no es posible aceptarla como Hugo la concebía y como la pintó, en versos bien conocidos, cubierta de oro y de sinople, yendo a combatir en el gran combate, seguida de un león familiar, que es Dios. La creación del Paraíso humano, si es posible, no será obra exclu-